

Capítulo 2: Marzo

En diciembre dejé de acudir a mi trabajo. Necesitaba tiempo. Pasé meses sin cruzar la puerta de mi portal, encerrado. Necesitaba tiempo. Sacrifiqué mi higiene, mi físico y mi salud. Necesitaba más tiempo. No existe una descripción que se acerque a la sensación que me producían esa caja y ese mapa. Entiendo que, visto desde fuera, lo que hice puede parecer una locura, aun así siento que fue lo correcto.

Finalmente, a mediados de marzo, logré hacer avances. Encontré una isla con una forma muy similar a la que aparecía dibujada en el mapa. Era una isla deshabitada que forma parte de las Islas Salomón. Con una rápida búsqueda descubrí que, aunque la isla esté deshabitada, se hacen pases para turistas en los que pueden pasear unas horas por zonas controladas. No estaba seguro al cien por cien de que fuera la isla que buscaba pero era lo único a lo que podía agarrarme, así que gasté gran parte de mis ahorros en un billete de avión a Oceanía y una visita guiada por la isla. Pensándolo ahora, fue un movimiento muy arriesgado, aun así siento que fue lo correcto.

Estuve veinte horas dentro de un avión en el que me sirvieron comida similar a la de una residencia. Al llegar pasé otras tantas en un autobús en el que olía como en una residencia. Finalmente, siete horas en un pequeño barco, rodeado de pijos y ricachones que ya deberían estar en una residencia. En total fueron más de treinta horas imaginando posibles escenarios. Todos ellos derivaban en aventuras y en todas ellas salía victorioso. Aunque aún no tenía claro qué significaba eso.

En cuanto pisé la isla lo sentí, estaba en el lugar correcto. El viento venía cargado de un aroma a misterio.

Cuando tuve oportunidad me separé del grupo y me adentré entre la maleza. No sabía si alguien advertiría mi ausencia, pero lo cierto es que me daba completamente igual. Tenía una foto del mapa en mi teléfono, pero no me molesté en abrir el archivo. En los últimos meses, había pasado tantas horas delante de ese mapa que me conocía cada rincón de la isla. Seguí andando en línea recta hasta que encontré la roca con forma de cabeza de tigre. Giré hacia el oeste. El follaje empezaba a ser demasiado frondoso. Me hice varios araños. Vi la roca con forma de cabeza de salmón. Seguí río arriba. Me resbalé y me golpeé las costillas contra las rocas. Dolía muchísimo. Llegué al lago central. Avancé cien metros hacia el sur. Vi la roca con forma de cabeza de cocodrilo. Mis brazos estaban llenos de picaduras de insectos. Continué. Y continué. Finalmente llegué al lugar marcado por la equis. Supe que era el lugar correcto porque, efectivamente, había una enorme roca con forma de equis. En ella, dormía tranquilamente un esqueleto humano. Me acerqué, le miré, y me miró de vuelta. Su mirada me resultaba familiar. Era como mirarme en un espejo. El esqueleto había pertenecido a un varón adulto de aproximadamente un metro ochenta. Mi altura. Al observarle con más detenimiento pude apreciar que le faltaban las falanges distal y medial del dedo anular de su mano derecha y que tenía varias costillas ligeramente fracturadas. Tras esto, me percaté de la presencia de un precioso anillo dorado en el único anular disponible. Estaba repleto de tallas preciosas, algunas de ellas milimétricas. Sin embargo, lo más destacable es que estaba impoluto. Pulcro. Cómo si la suciedad lo hubiera estado esquivando todo este tiempo. Ese anillo es lo que el mapa quería que encontrara, era mi premio por confiar en él. Por primera vez sentí amor a primera vista. Respiré y con gran amabilidad le pedí prestado su anillo a mi nuevo amigo y,

haciendo gala de mi sentido del humor, me lo coloqué en el dedo anular de la mano derecha. Entró con gran facilidad, como si estuviese moldeado para mi dedo.

Unas horas después encontré al grupo de nuevo. Bueno, me encontraron. Estaba prácticamente deshidratado, deliraba y apenas podía andar por el dolor en las costillas. Más adelante me contaron que, entre mis delirios, había dicho algo sobre un mapa, un esqueleto y un anillo maldito. Fue como si mi subconsciente se hubiera dado cuenta antes que yo mismo. A posteriori, puedo asegurar que coger ese anillo fue el mayor error de mi vida, aun así siento que fue lo correcto.